



L.F. de la Rosa

En camino
de la cruz.



BIBLIOTECA NACIONAL
QUIROGUA
COLECCION GENERAL
No. 6193 1990
PRECIO

Homenaje

El autor de este poema, soñador errante y peregrino, que intentó aspirar en medio de un incógnito silencio el alma del paisaje en donde entona su dulce canción criolla el Tomebamba, descubre respetuoso su arpa monorrítmica y salvaje, para corresponder atentamente a las valiosas cuanto inmerecidas manifestaciones de simpatía con que le han favorecido los gallardos trovadores de CUENCA, este hermoso pedazo de luz, que los dioses incrustaron en la cumbre de los Andes, como simbólica fulguración de la pupila azul del Pensamiento.

Cuenca, Invierno: MCMXVII.



A la "tribu loca...."

Oh, vosotros, los que por un momento vais a consagrar el tesoro de vuestras mentes al estudio reflexivo de esta mi fúnebre leyenda que, tiempos ha, he guardado enterrada en la secreta sepultura de un cuaderno ya muy viejo, bajo las monotonías de este epitafio melancólico: EL CAMINO DE LA CRUZ;

oh, vosotros, los que a través del símbolo desesperante de estos versos neurasténicos que escribí en horas de soledad y desconsuelo, inspirado, tal vez, en negras desconfianzas, encontréis un paralelo terrible que os recuerde algo propio... algo que llevéis íntimamente refundido en las lobregueces de vuestra propia conciencia, dentro de ese cofre misterioso que suele a veces, en los ratos de amarguras y despechos, pesar inmisericorde sobre los clavos despiadados de esta ruda corona de espinas que llevamos en contorno del santo crucifijo de nuestro pobre corazón, y que llamamos la Tristeza;

oh, vosotros, los que, como aquél protagonista que vais a contemplar en las estancias de mi poema doloroso, lleváis toscamente victimada el alma por las diarias rasgaduras del esplen y el desengaño;

vosotros, los que filosóficamente comprendéis el dualismo de la senda; los que creéis en esa lucha perpetua del Bien con el Mal; los que no dudáis de la victoria implacable de este sobre aquél, sabréis otorgarme la razón de aquella idea que dejo intencionalmente oculta en los cendales de mi rima....

Remontando el pensamiento a las épocas sombrías de añejas tradiciones, vendréis a convenir en que hoy, como ayer, bajo este mantón senil del firmamento, hay una severa constelación de soles misionada a gular los pasos de los hombres hacia el punto final de sus inquebrantables predestinaciones; por eso, cuando habéis recorrido las etapas de lo arcaico, que cuentan los borrosos pergaminos con derroche de episodios cuasi mitológicos, no os habréis sorprendido al encontraros con un viejo melenudo, cuyo lituo agorero esté marcando la trayectoria luminosa de una estrella, feliz o desgraciada, que ha irradiado en las albas de la cuna de un infante;

yo, he creído siempre en las tiranías de un horóscopo inflexible;

la silueta incolora del alma del Destino, así como me aterra, me consuela a veces;

y tengo para mí, que el plomo que mató a José Asunción Silva, así como el tósigo de Manuel Acuña, nunca tuvieron por emanación la fuente vergonzosa de un capricho criminal que pudo ser elástico a las determinaciones de una sana voluntad; nó; mi convencimiento es pleno de evidencia, y estoy seguro de que ese instante negro que contuvo para siempre las pulsaciones líricas de aquellos espíritus de artistas que bebieron tanta luz en los pezones de la Aurora, no tuvo otro siniestro origen que el dedo imperativo con que

les demarcó la mano del Destino un punto infortunado.

Los ajenjos de Verlaine, las desventuras, las afrentas de Wilde, la noche miserable en Lamartine, las hieles de Leopardi, de dónde provinieron?

No son las alegrías del burgués y el sibarita, ni las tristezas del huérfano y el paria, encontradas al acaso en este inmenso laberinto de la vida;

el oro de la opulencia o la miseria del andrajo, cualquiera de ellos será, desde la cuna hasta el sepulcro, el invariable compañero del que ha nacido para hallar en su camino rosas o para ver entre su ruta espinas;

de aquí que no es extraño mirar que un alma intelectual, poseída de los amargos principios que acabo de enunciar, persiga en los sopores del alcohol el refugio consolador de una esquiva tranquilidad que nunca le acompaña;

de aquí que un cerebro turbulento y pensador, enfermo, tal vez, de agonía y desesperanzas, se endilgue sin temor a escanciar en los bancos de un tugurio tabernario las copas del veneno que lentamente ha de cortar la hebra tormentosa de la existencia trágica.

No pretendo con lo dicho hacer la apología del vicio: yo lo detesto, lo abomino y lo combato;

es el Alcohol el mimado primogénito de la Perfidia y el Delito;

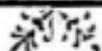
quien piense, quien sienta, quien lleve las entrañas desgarradas por secretos mordedores, nunca acerque hasta sus labios la copa del licor efervescente, que, con sonrisas de neclá pecadora, lo arrastra en su demencia a las acres hondonadas de la ignominia, la desgracia, el deshonor;

la Cárcel, el Manicmio o el Suicidio, he aquí esta espantosa trilogía al final de las intemperancias de una noche de alcohol;

¡Oh, no busquéis como remedio a vuestro mal el tóxico del vino!

pensad en la «tristeza alcohólica», vosotros, los que habéis llegado hasta el umbral del vicio;

y recordad con devota reverencia esta angustiada epifonema que aleteó desesperante en la frase vibradora de Edgardo Allan Poe, aquél vencido soñador de Baltimore: *¡qué enfermedad habrá comparable al alcohol!*





El camino de la cruz

ESCENA:

Las cuatro de la mañana. Ella. . . la dulce abrigadora de su lecho entristecido por las sombras de la Angustia, el Silencio y la Tragedia. . . pensativa y pálida, reclinada sobre un diván de su pulcro dormitorio, velaba el sueño de dos hermosos pequeñuelos . . . cuando él, ebrio trasnochador, abrió la puerta de la alcoba, y entró: Ella le decía:

—¿ Por qué te entregas con furor al vicio del champaña, el ajenjo y la morfina, si entorpecido el juicio vas caminando con inmensa ruina del negro bodegón al precipicio ?

¿ Por qué ya tantos soles te amanecen
empapando en ginebra tus dolores
si nunca se adormecen, .
tú, que sabes muy bien que los licores,
enemigos del alma, te embrutecen ?

¿ Por qué el pueril y enloquecido empeño
de brindarles, cobarde, a tus tristezas
un vaso de beleño,
si con bochorno en tu desgracia empiezas
a rodar con los vértigos del sueño ?

¿ Por qué no advierten tus quemadassienes,
marchitas en estúpidas orgias,
los múltiples desdeños
con que te han de mirar todos los días
quienes te encuentren ebrio en los andenes ?

¿ Por qué en tus oprobiosas borracheras
te arrastras sin pudor en bacanales
de impúdicas ramera,
y cambias con tu honor y tus caudales
la amistad de las sucias taberneras ?

¿ Por qué tu sien en la embriaguez olvida
que por tus vicios el Dolor devora
el alma enflaquecida
de esta mujer que te ama y que te adora,
con tus hijos . . . retoños de mi vida ?

¿ Por qué ya nunca en tu cerebro hospeda
el ritmo de virtud con que tejiste,
como un hilván de seda,
la estrofa de esperanzas que me diste
al encontrarnos ¡ ay ! en mi vereda ?—

.....

EL CAMINO DE LA CRUZ.



Y cayó, enmudecida ante el fracaso
del corazón!... Estaba desmayada
sobre un cojín de raso....
Las lágrimas nublaron su mirada,...
y entre su ambiente se extendió el Ocaso!

Entonces él, borracho y tambaleante,
alzó con estupor, junto del lecho
que amaba en otro instante,
una copa fatal... y con despecho
la llenó de un narcótico asfixiante.

Pero tembló! Los párpados despiertos
de unos ojos profundos y expresivos
estaban medio abiertos....
Y pensó en los horrores de los vivos....
y en el silencio horrible de los muertos!..

—Yo brindo, dijo, por la vieja Grecia;
por el miraje azul, por el aroma
del alma de Lutecia;
por los polvosos mármoles de Roma;
por los cielos de Atenas y Venecia;

Por el Hado espectral de los ungidos
en la caverna abrupta de los recios
dolores escondidos;
por los que el Mundo agobia con desprecios
por mirarlos vivir siempre caídos!

Por el Mal que a mi espíritu provoca
con un cincel que enfurecido empuña
contra mi muerta roca;
por el «adiós» de Silva, y por Acuña,
me voy, con el veneno entre mi boca!—

Y con ciega actitud, aquél demente,

iba a cortar su vida infortunada,
rabioso y maldiciente,
cuando una breve manecita helada
le arrebató la copa, dulcemente.

Era una chica de color de cera,
miniatura vivaz, flor de montañas
abierta en primavera,
quien, rasgadas de pena las entrañas,
a su padre le habló de esta manera:

—No bebas más! Tu trágica bebida
se ha robado mi panj amor bendito!
mi madre está dormida.....
No quieras despertarla, padrecito,
porque suele llorar entristecida!—

.....



La tarde se apagaba en las sabanas.
Quemaba el sol con su invisible tea
las cúspides lejanas;
y en la capilla de la blanca aldea
doblaba el sacristán en las campanas.

Moribunda la luz de una bujía
iluminaba el pulcro dormitorio
de aquélla muerta fría....
mientras el ebrio, en el diván mortuorio,
ante el cortejo fúnebre....dormía!

L. F. DE LA ROSA.

En voz alta !

Ser odiado es ser admirado.

VARGAS VILA

Temor?... Vana expresión! Y en mis corajes
me asustaron los odios de serviles?
No! Jamás me acobardan los ultrajes
ni me arredran las furias de los viles!

Miedo?... Y por qué! Tal vez por que mi nombre
se lo hartan sin piedad? ¿ Por éso miedo?
Bah!, cuando mi alma, aunque al rastrero asombre
es retemplada en fraguas de Toledo!

¡ Qué importa si mi nombre lo destrozan
ésos... que abajo el escorial tortura,
ésos... que en lojo su furor rebosan,
ésos... que nunca escalarán la altura!

Felinos de la Patria!: en mi retiro,
al apuntarme un sol... en mi destierro,
mi alto desprecio a vuestras fauces tiro,
para saber que retascáis mi hierro!

Si jamás me quebrantan las ruindades,
no me humillan las lenguas callejeras.
Nací para un erial: mis soledades!;
pero nací para domar panteras!

La ignara estupidez, la plebe estulta
nunca verá el carmin de mis mejillas...
Sé que la Envidia con tesón me insulta,
pero sé que me insulta de rodillas!

L. P. DE LA ROSA.

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA
 BIBLIOTECA NACIONAL
 QUITO

FECHA DE DEVOLUCION	
---------------------	--

860-1(866)Rosa 6193-'90
 R788 Rosa, L. F. de la
 El camino de la cruz

FECHA	LLEVADO POR

860-1(866)Rosa 6193-'90
 R788 Rosa, L.F. de la
 El camino de la cruz

